

Habitar desde el periurbano: entre quintas y barrios. Algunas reflexiones sobre la localidad de Abasto del periurbano platense.

Florencia Musante (UNLP, CONICET)

1. Introducción

La pregunta por la relación entre las ciudades y sus espacios de borde ha ocupado a pensadores de distintas disciplinas desde – al menos – inicios del siglo XX. Dimensiones productivas, sociales, culturales, políticas y medioambientales son pensadas en su especificidad en los intersticios entre los espacios rurales y los límites exteriores de lo urbano, y distintas categorías como *periferia urbana*, *franja urbana*, *frontera campo-ciudad*, *territorio de borde*, *ciudad dispersa*, *ciudad difusa*, *periurbano*, *rururbano*, son usadas para caracterizar estos espacios.

Algunos autores sostienen que existe una disolución generalizada de “la ciudad compacta” (entendida como aquella caracterizada por su concentración, con límites claros y definidos) frente a la que prolifera una “ciudad dispersa o difusa”, que se extiende por el territorio de manera cada vez más fragmentada, con menores densidades y extensos espacios libres entremezclados con distintos usos urbanos (Dematteis, 1998; Monclús, 1998). Para estos autores, el modelo norteamericano caracterizado por la instalación de los sectores de mayores ingresos en los suburbios (llamado *urban sprawl*, en especial desde la posguerra), se expande hace varias décadas también en Europa, generando periferias urbanas muy distintas a aquellas surgidas en la revolución industrial. Los cambios en el modelo de acumulación del último cuarto de siglo hacia un neoliberalismo cada vez más depredatorio, impulsan destrucciones y reconstrucciones de espacios y ciudades cada vez más veloces, generando espacios dispersos y heterogéneos, como parte del proceso de acumulación del capital (Harvey, 2004).

En América Latina, a partir de las reformas estructurales implementadas en 1970 y profundizadas sobre todo en la última década del siglo XX, se abren también nuevos debates y preguntas en torno a las transformaciones urbanas y las nuevas formas de expansión y crecimiento de las ciudades. Las grandes ciudades latinoamericanas se reconfiguran al experimentar un declive de sus funciones productivas y una reestructuración alrededor de las lógicas de servicios y de consumo. Pasan de un espacio metropolitano compacto, con bordes y límites definidos, a un crecimiento de bordes difusos y estructuras policéntricas y experimentan un proceso de suburbanización de las clases dominantes concomitante a un incremento del hábitat

precario (De Mattos, 2010; Ciccolella, 2012). Ante estas profundas transformaciones, algunos¹ autores afirman que se trata de un nuevo modelo de ciudad caracterizada no sólo por una distribución desigual en el espacio de los grupos sociales, sino sobre todo por una fuerte fragmentación que se inscribe a través de barreras físicas, y tiende a la insularización (Schapira, 2001; Janoschka, 2002; Borsdorf, 2003; Bayón & Saraví, 2013). Otros remarcan la continuidad en la estructura de la división social del espacio urbano, inscribiendo a la segregación actual en el modelo previo (Duhau, 2003; Duhau & Giglia, 2008).

Más allá de los distintos aspectos resaltados, hay una búsqueda por intentar dar cuenta de los complejos fenómenos sociales que implica la urbanización de forma dispersa y fragmentada sobre el territorio. En las investigaciones sobre las periferias latinoamericanas, además de ciertas características globales compartidas, destacan dos elementos importantes: la preocupación por la fragmentación y la segregación socio-espacial, como características marcantes de esta latitud (Venturini, Rodríguez, & González Roura, 2019).

En el marco de estos debates que dan cuenta de las transformaciones de la vida en las ciudades en las últimas décadas, nos preguntamos en este trabajo por los modos de habitar un espacio *periurbano*, a partir del acercamiento a las formas de acceso a la tierra, condiciones de vida y de vivienda, y movilidades y desplazamientos en una localidad en particular: la localidad de Abasto del periurbano platense.

Se buscará, por un lado, caracterizar el espacio periurbano de La Plata, entrando en su conformación histórica, la consolidación de su actividad productiva y los procesos de transformación actuales. Por el otro, será un desafío de esta ponencia iniciar una reflexión sobre las dinámicas sociales de diferenciación entre los distintos grupos sociales que habitan en contigüidad espacial, presentando indagaciones en dos de ellos: productoras hortícolas y habitantes de un asentamiento popular. Mostraremos a partir de estas indagaciones las dinámicas que conforman “quintas” productivas y “barrios” populares, como dos espacios diferentes, aunque con puntos de contacto y matices, desde donde se habita el periurbano. Se trabaja con una metodología cualitativa, de carácter etnográfico, donde prima una mirada de las dinámicas urbanas “de cerca y de dentro” (Magnani, 2003) que busca captar la experiencia urbana de los

¹ Se utiliza la letra “e” como expresión genérica para hacer referencia a un amplio universo de expresiones de género que rebasa la bi-categorización “hombres” y “mujeres”. Cuando no es posible, utilizamos la letra “x” con el mismo sentido. Se prioriza el uso de la “e” por ser más fácil su pronunciamiento oral. (Renombrar, Guía para una comunicación con perspectiva de género. Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidades. Argentina. 2020).

actores (Segura, 2015). Se presentan reflexiones preliminares a partir de un trabajo de campo en curso con observaciones participantes, recorridos y entrevistas en profundidad como técnicas de producción de datos centrales. Se presentan finalmente algunas pistas de análisis y el camino para continuar con indagaciones futuras.

2. El periurbano de La Plata y la localidad de Abasto: algunos elementos para situarnos

Venturini, Rodríguez y González Roura (2019) proponen pensar la especificidad del periurbano y la periurbanización en relación a otros dos pares conceptuales: el de suburbio/suburbanización, vinculada al avance de la ciudad como “frente” compacto, y el de rururbano/rururbanización, donde resaltan los elementos rurales y la distinción de la ciudad.

El concepto de periurbano ha sido acuñado para caracterizar espacios donde el uso heterogéneo del suelo y la multiplicidad de actores intervinientes son características sobresalientes. Se trata de “territorios resbaladizos” (Barsky, 2005), de difícil aprehensión, zonas de transición donde se desarrollan actividades tanto rurales como urbanas (Feito, 2018). Pintos (1993) define a los espacios periurbanos a partir de la articulación de una serie de procesos que conjugan sistemas de producción primaria intensivos, sectores residenciales no permanentes y de ocio, acceso a la tierra de sectores populares mediante tomas y ocupaciones, valorización inmobiliaria y descentralización productiva, entre otros, dando cuenta de la complejidad y la yuxtaposición de estos espacios. A diferencia de los otros pares conceptuales, entendemos que el concepto de periurbano y el proceso de periurbanización colocan en el centro la dimensión conflictiva, motivada por la disputa entre los distintos usos del suelo (Valenzuela Rubio, 1986). Si bien el foco de estos autores se centra especialmente en un análisis geográfico, la dimensión conflictiva nos sirve como nudo de las preocupaciones sociológicas, en tanto los distintos usos del suelo están motivados por actores y grupos diversos, que conviven en contigüidad espacial con recursos, posibilidades, estrategias y condiciones de vida divergentes. Es desde aquí que nos adentramos en el periurbano de La Plata.

El periurbano platense

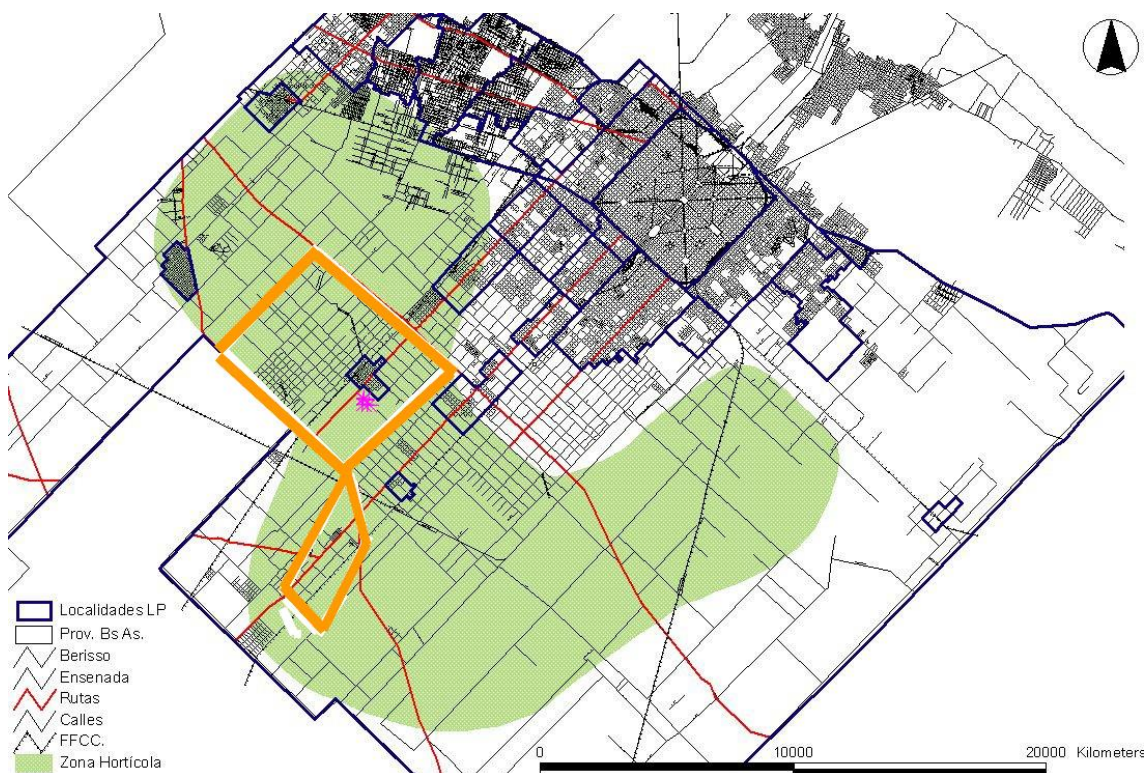
La ciudad de La Plata fue planificada a fines del siglo XIX para ser la capital de la provincia de Buenos Aires. Desde su diseño fundacional, se delimita una zona al oeste del casco urbano como espacio de producción de hortalizas y de productos frescos

para abastecer a sus habitantes (García & Lemmi, 2011). La Plata fue diseñada como un “cuadrado perfecto”, rodeado de una avenida circunvalar que buscaba separar el centro – ordenado y para las clases acomodadas – de las periferias, donde se instalaron migrantes y trabajadores de bajos ingresos (Segura, 2019). Se delimitaron ya desde este momento zonas para chacras y quintas por lo que, junto con la ciudad nace la producción hortícola local (Garat, 2002). Hoy la misma se extiende por diversas localidades del Oeste y el Noroeste del partido (Mapa 1).

A inicios del siglo XX comienzan a llegar al periurbano platense camadas de inmigrantes en el contexto de las oleadas migratorias de ultramar (Germani, 1963; Dalle, 2010). Llegaban al país para insertarse como trabajadores en el sector primario y atraídos por la promesa de ascenso social, en el marco de las expectativas de “poblamiento europeo” que impulsaban las clases dominantes locales a través del Estado nacional. Al periurbano de La Plata llegan en su mayoría campesinos pauperizados desde Italia, que contaban en gran medida con conocimientos sobre el trabajo de la tierra (García y Lemmi, 2011)². En este momento, durante las primeras décadas del siglo XX, la producción de hortalizas tenía, sobre todo, una funcionalidad de abastecimiento doméstico y superaba incipientemente el lugar de actividad suplementaria de otras labores. Es entre 1940 y 1960 que el cordón hortícola platense comienza a consolidarse como sector productivo de importancia (Attademo & Salva, 2000) y se extiende mucho más de lo originalmente planificando, llegando a ocupar las localidades de Melchor Romero, Lisandro Olmos, Abasto y Etcheverry.

² También es significativa en este período la migración portuguesa y la japonesa, pero con una inserción predominante en la floricultura.

Mapa 1 – Cordón hortícola de La Plata y localidad de Abasto (en naranja).



Fuente: Frediani, 2010, con intervención propia

A diferencia de otros conglomerados del Gran Buenos Aires, donde el avance de la mancha urbana fue desarticulando las zonas productivas, el desarrollo del periurbano platense está signado por la continuidad del peso relevante de la horticultura (Ringuelet, 2008). La misma se consolida definitivamente en la década del 90´ a partir de una serie de procesos: por un lado, un incremento de la producción vinculada a la incorporación de capital, especialmente tecnología de invernáculos, que modifica el proceso productivo, intensificándolo. A partir de entonces la producción hortícola bajo cubierta cobrará centralidad, siendo La Plata la ciudad de mayor superficie con esta modalidad en la provincia³. Esto se da junto a la incorporación de fuerza de trabajo a partir de migraciones bolivianas, que desde fines de los años 70´, comienzan a llegar a la región reemplazando en gran medida la mano de obra italiana. Con el pasar de los años los trabajadores bolivianos se vuelven los agentes hegemónicos de la producción en el sector (Benencia, 2009, Garcia y le Gall, 2010), siendo el arrendamiento la forma predominante de acceso a la tierra, elemento que determina – como será desplegado más adelante - las condiciones de vida y trabajo.

³ El 72% de la superficie de la provincia implantada bajo esta modalidad se encuentra en La Plata (Censo Nacional Agropecuario, 2002), mientras que en otras ciudades predomina la producción “a campo”.

Por otro lado, esta incorporación de capital y fuerza de trabajo se vio acompañada de una retracción de otras zonas del Cinturón Hortícola Bonaerense en manos del avance de la frontera urbana (Lemmi y García, 2011), dejando a la producción platense cada vez más como sede abastecedora de una gran cantidad de población. Se suma a esto la existencia de una ordenanza municipal de protección de tierra rural⁴, elementos que de conjunto dan una centralidad cuantitativa y cualitativa a la producción hortícola platense. Distintas investigaciones (Lauría, 2011; Cieza, Ferraris, Seibane, Larrañaga, & Mendicino, 2015) muestran el crecimiento de la incidencia de la producción platense en el Cordón Bonaerense, pasando de representar un 28% en 1998 a un 72% en 2010. Para el año 2010, la misma concentraba un tercio de la producción provincial, siendo responsable de la provisión del 82% de hortalizas que se comercializan en el Mercado Central de Buenos Aires (Staviski, 2010)⁵.

En las últimas décadas, la centralidad de la actividad productiva de estas localidades está pasando por un acelerado proceso de transformaciones, dado que la tierra rural productiva está siendo disputada por otros usos del suelo, especialmente el residencial. Frediani (2010) identifica dos procesos contrapuestos: la proliferación de ocupaciones de tierras y asentamientos populares, y la producción de barrios cerrados para clases medias y altas. Esto hace que el periurbano hoy sea habitado por diferentes grupos sociales, que conviven en contigüidad espacial pero con posibilidades de acceso, circulación, movilidad y condiciones de vida muy divergentes.

Abasto en el periurbano platense

Abasto, situada a 15 kilómetros del casco urbano, es una de las localidades donde históricamente se emplazó la producción hortícola platense (Simonatto, 2000), y que está pasando actualmente por intensos procesos de transformación producto de la presión por otros usos del suelo. Decíamos que se trata de una zona destinada, ya desde fines del siglo XIX para el abastecimiento (y de aquí su nombre) tanto de hortalizas y verduras como de otros productos agrícolas, destacándose la aptitud de sus suelos para la producción intensiva. En 1886 se inaugura la Estación Abasto de ferrocarril, en el trayecto del entonces Ferrocarril Oeste que unía a La Plata con la

⁴ Ordenanza 4495 (Año 1978). Municipalidad de La Plata. En la modificación del Código de Ordenamiento Urbano que tiene lugar en el año 2000 en el partido, se sostienen los pilares de protección del Cordón Hortícola. Pero en la última reforma, del año 2010, ya no se protege el suelo rural, en un nuevo COU que favorece explícitamente el desarrollo del sector inmobiliario (Para ampliar ver Losano, 2017; Vertiz y Del Río, 2020)

⁵ Las investigaciones más recientes puntualizan la falta de datos actualizados para caracterizar el peso de la producción hortícola (Ferraris & Ferrero, 2018; Fingermann, 2018⁵) pero se estima una continuidad en la tendencia de crecimiento de la superficie y de la producción.

ciudad vecina de Brandsen⁶. Comienzan en ese momento a poblarse los alrededores de la estación, que buscaba conectar los mataderos y corrales de abastecimiento con el centro de la ciudad. Con el pasar de los años, y a partir de la consolidación de su producción, Abasto pasó a ser una de las localidades centrales del cordón hortícola, con una gran parte de su superficie abocada a la horticultura intensiva. Al mismo tiempo, alberga otras actividades vinculadas a la producción, como el Parque Industrial La Plata e industrias específicas de apoyo a la actividad agropecuaria. Destacan, a su vez, usos residenciales de distinto tipo: además de las viviendas de los productores hortícolas, es zona de casas-quinta de fin de semana e incluso un club de campo, y al mismo tiempo, han tenido lugar diversas ocupaciones de tierras por parte de sectores sin acceso a la vivienda. Se trata de una localidad que tiene grandes extensiones rurales junto con consolidaciones urbanas que experimentan un considerable crecimiento y desarrollo en las últimas décadas, y que se estructuran principalmente en torno a la Avenida 520. La misma es una de las arterias principales de ingreso a la ciudad y cumple el papel de conectora rápida, colectora del transporte de carga y de pasajeros de media y corta distancia. A su vez, en las últimas dos décadas se extienden nuevos ejes de crecimiento sobre las Rutas 2 y 36. En las mismas se han consolidado una serie de comercios que ofician tanto de soporte a la producción local (viveros, platineras, agrotóxicos) como de abastecimiento de la población (mercados, farmacias, ferreterías, bancos). La conexión y fluidez de estas dos vías permiten conectar la localidad con otras ciudades de la región (La ruta 36 con el Gran Buenos Aires, por ejemplo) generando cierta autonomía de la ciudad de La Plata. Como sostiene Ringuelet (2008) para el conjunto del periurbano platense, se trata de una red de servicios desigualmente distribuida y fragmentada en una configuración espacial intermedia entre el campo y la ciudad.

3. Distintos modos de habitar el periurbano: formas de acceso a la tierra, vida cotidiana, vivienda y desplazamientos.

Entre los estudios socio-antropológicos sobre las ciudades latinoamericanas, destacamos aquellos que más allá del debate conceptual sobre fragmentación, segregación o división social del espacio se proponen indagar en los modos de habitar los espacios urbanos. De este manera, tomamos la propuesta de Segura (2012, 2015) de analizar la experiencia urbana de los actores, entendiendo que la misma permite dar cuenta del habitar cotidiano de las personas, prestando atención a las

⁶ En ese momento: La Plata (Estación Ringuelet) – Brandsen (Estación Ferrari).

interacciones, los desplazamientos y los usos constitutivos de la vida urbana. En esta línea se inscriben también los trabajos de Saraví (2015) sobre los jóvenes en la ciudad de México, y el de Elguezabal (2018) al pensar “las torres” de la ciudad de Buenos Aires, ya que los mismos ponen el foco en las prácticas y las interacciones de los actores, para dar cuenta de la heterogeneidad y la complejidad de habitar distintas ciudades latinoamericanas.

Cuando el foco está en las redes sociales, las interacciones cotidianas y los modos de vida, queda de manifiesto el carácter activo de los habitantes de la ciudad, que no son pensados como miembros de categorías estáticas si no a partir de sus experiencias y prácticas urbanas. Es a partir de este enfoque que nos adentramos en los modos de habitar no específicamente lo urbano, si no habitar desde el *periurbano*, buscando dar cuenta de las particularidades que adquieren las prácticas cotidianas en espacios intersticiales como este. En esta ocasión, ahondaremos en dos grupos sociales: los productores hortícolas y los habitantes de un asentamiento popular. Se trata de dos grupos que forman parte de los sectores populares que habitan en Abasto, que comparten el limitado acceso a infraestructura y bienes colectivos de la ciudad, aunque sus actividades laborales, adscripciones identitarias y circulaciones son diferentes. .

Vivir y producir en las *quintas*

Ser productora marca un modo particular de habitar el periurbano, donde las relaciones y condiciones del trabajo de la tierra determinan gran parte de la vida cotidiana. Si bien algunos productores logran el acceso a la propiedad de la tierra – en general desplazándose aún más lejos de los centros urbanos – y existen también producciones de tipo empresarial (Bozzano, 2000; Benencia, 2009), el arrendamiento es la forma de tenencia predominante en la agricultura familiar. Alquilan entre 1 y 5 hectáreas que se trabajan con toda la mano de obra familiar, en configuraciones que incluyen muchas veces vínculos que se extienden más allá del núcleo primario (abueles, tíes, sobrines, primos). Se trata en su mayoría de migrantes bolivianos o del norte del país (García y Le Gall, 2013) que llegan a través de redes familiares y/o de contactos con otras familias que ya migraron antes (Benencia, 2005; Pizarro, 2009). Al comienzo, se instalan para trabajar por día como jornaleros o como medieros, sistema mediante el cual se acuerda un porcentaje de las ganancias a cambio de la fuerza de trabajo, quedando a cargo del “patrón” el alquiler/tenencia de la tierra, los insumos y otros gastos. El sistema de mediería incluye en general en el acuerdo una habitación donde el o la mediera puede vivir con su familia, por lo que facilita muchas veces la

llegada. Estos son los primeros peldaños de lo que Benencia (1997) llamó “la escalera boliviana” para dar cuenta de los procesos de movilidad ascendente de las familias en el sector de la horticultura. El acceso al alquiler propio de la tierra y luego a la propiedad completan la escalera ascendente, siendo el último peldaño accesible para una escasa minoría.

Ramona es una de las productoras que pasó de la mediería al alquiler de la tierra, aunque el acceso a la propiedad sigue siendo una utopía muy lejana. Llegó hace 14 años a la Argentina a través de una conocida del pueblo donde vivía en las afueras de Tarija, sur de Bolivia. Ramona migró en busca de un trabajo que le permitiera tener independencia, huyendo de una situación familiar de abandono y opresión. Trabajó muchos años como mediera, mientras criaba a tres hijos varones. Se enorgullece de ser una madre soltera y exigente, y sonrío de oreja a oreja al contar que los dos mayores llevaron la bandera en la escuela⁷. Hace 4 años logró arrendar ella misma la tierra, a partir de un alquiler compartido con compañeras de la organización donde participa. Esto le permite trabajar un poco menos de media hectárea ella sola, y salir de la relación de mediería.

El ritmo de la vida cotidiana está marcado por los tiempos y dinámicas de la producción. En verano el día comienza con el sol, a eso de las 4 o 5 de la mañana. Se aprovecha el amanecer para trabajar todo lo posible antes del calor del medio día. *Carpir, surcar, escardillar, regar*, son algunas de las tareas compartidas por varones y mujeres, mientras que trabajos “más pesados” como *curar* o esparcir bosta quedan en general a cargo de ellos. Cerca de las 11 de la mañana las mujeres paran para ir a cocinar el almuerzo, y recibir a los niños que vuelven de la escuela. Algunas familias tienen cocina con garrafa, pero muchas veces se prende fuego y se cocina directamente a leña, afuera. Ramona, por ejemplo, tiene un espacio abierto para esto, y en invierno prefiere prender el fuego para poder calentarse.

Cuando pasan las horas de mayor calor, se vuelve a trabajar en las *quintas*⁸. En el periurbano de La Plata predomina la producción bajo cubierta⁹, por lo que grandes extensiones de plástico blanco se imponen en el paisaje (García, 2011). Las altas temperaturas del verano impiden el trabajo al mediodía, por lo que se hace un corte de

⁷ Sobre procesos de movilidad y expectativas de ascenso social vinculadas a la educación en el cordón hortícola ver Lemmi, Morzilli y Moretto, 2018.

⁸ Quintas es el nombre dado en Argentina a las extensiones productivas destinadas a la actividad comercial, mientras que se reserva el término de “huertas” a las producciones domésticas para autoconsumo. Es también una categoría nativa, utilizada tanto por los productores como por otros habitantes de la zona.

⁹ La producción con invernáculos permite extender tanto los períodos de cosecha como las variedades, aumentando las posibilidades de producción sobre todo en el invierno.

algunas horas y se “entra” nuevamente a trabajar por la tarde, hasta que se va el sol, que pueden ser otras 5 o 6 horas más. El trabajo implica muchas horas de posiciones en cuclillas o inclinadas, con un desgaste físico y consecuencias para la salud considerables. Se suma a esto el uso constante de agroquímicos, que va dejando secuelas tanto en niños como en adultos (Abadía et. al, 2019). En el caso de las mujeres, al trabajo productivo se le suman las tareas de cuidado y de reproducción en el hogar, que implican no sólo cocinar, cuidar y preparar a los niños para ir a la escuela, si no también lavar la ropa a mano, limpiar la casa y hacer las compras. Como dijo Irene cuando le pregunté sobre su ocupación: “Y... yo hago de todo. Soy quintera, pero también cuido a los chicos, lavo, cocino, organizo el comedor, voy, vengo, de todo”. En invierno los horarios se acortan, junto con las horas de luz del día, y el trabajo es menos intenso. Predominan las verduras de hojas (lechuga, acelga, espinaca, albahaca, kale, perejil) y la demanda de la producción se reduce en relación a la época de calor.

Las viviendas de los productorxs quinteros varían en estrecha relación con la forma de tenencia de la tierra. Quienes logran ser propietarios, pueden con el pasar de los años (auto)construirse una habitación de material, a la que le van incorporando espacios según la capacidad de ahorro que logren. Quienes alquilan, a excepción de los pocos casos en que la tierra ya cuenta con una construcción de material, viven en casillas de madera que (auto)construyen en pocos días. Cuatro paredes de madera y un techo de chapa son el resguardo mínimo para que una familia se instale – ya sea como medieros o alquilando ellos mismos la tierra. A partir de ahí, pueden adicionarse más habitaciones, según los miembros del hogar, un espacio de cocina, pisos de cemento, aislamiento para que no entre la lluvia, según las posibilidades. Los baños se construyen por lo general afuera de las casas, y la inexistencia de red cloacal en la zona hace que tengan que ser con pozo ciego.

El arrendamiento como forma de tenencia está en estrecha vinculación con estas condiciones de vida, ya que quienes se dedican a esta actividad dependen de la renovación de los contratos de alquileres (cada dos o tres años) imposibilitando la instalación en un lugar fijo y por lo tanto la construcción de viviendas de (otro) material, incluso cuando se cuenta con ingresos producto de buenas cosechas. En una mañana de julio, Ramona me saluda y lo primero que dice es: “Hace mucho frío, ya no sé con qué taparnos. En invierno la pasamos mal, no hay como parar el frío y el viento que entra entre las rendijas de las maderas”. En contraste, resalta lo fresco de las casas en el verano.

Incorporar las movilidades cotidianas como prácticas constitutivas del habitar permite trascender los espacios estáticos (viviendas, instituciones, localizaciones) en la problematización de la vida urbana (Segura y Chaves, 2021) y pensar también los desplazamientos, circuitos y trayectorias como elementos que dan cuenta de estos modos de habitar.

La forma específica de organización del trabajo en las *quintas* implica que el espacio laboral es el mismo que el lugar de residencia¹⁰. Dado que la movilidad hacia el trabajo es el principal motivo de desplazamiento (Encuesta de Movilidad Domiciliaria para el AMBA¹¹), esto reduce las movilidades cotidianas a un conjunto específico de espacios, circuitos y trayectorias. Por un lado, para quienes tienen hijos, el desplazamiento principal está vinculado a la educación. La ida a la escuela tiene un acompañamiento en los primeros años (jardín y primaria) hasta que comienzan a desplazarse solos o acompañados por hermanos mayores.

Sobre la Ruta 36 están ubicadas tres de las escuelas públicas de la zona y es frecuente ver a los pibes, niñas, niños, adolescentes, caminando por la vera de la ruta en grupos o de manera individual. Los hijos de Ramona se inmiscuyen entre las quintas para tomar un atajo, y llegan a su escuela por detrás. Un trayecto de unas 10 cuadras que recorren ida y vuelta todos los días, que les lleva cerca de veinte minutos. Los días de lluvia andan con botas, porque las calles de tierra se convierten en grandes barriales llenos de charcos.

El transporte público (colectivo) conecta solamente las avenidas principales, por lo que en muchos casos es necesario “salir” a pie de las quintas. Según la ubicación de las quintas, la ida a la escuela puede combinar una caminata a pie con un micro, puede ser en bicicleta o directamente a pie. El servicio de transporte vehicular privado (remis) es frecuentemente utilizado, para cubrir trayectos y distancias donde no hay otras alternativas.

El mismo es también utilizado con frecuencia para asistir a centros de salud: en la zona hay un hospital interzonal de atención médica y psiquiátrica¹², y algunos centros de salud de las delegaciones comunales. Sin embargo, entre los trabajadores quinteros es muy utilizada la atención privada, siendo la discriminación sufrida, los largos tiempos de espera y la saturación del sistema público los motivos más citados.

¹⁰ A excepción de cuando se trabaja por día para otros (jornaleros), y la residencia es por fuera del espacio productivo

¹¹ Encuesta de Movilidad Domiciliaria (2009-2010), Ministerio de Transporte de la Nación Argentina

¹² Hospital Dr. Alejandro Korn de Melchor Romero

A los desplazamientos relativos a la educación se suman aquellos vinculados a la salud, donde los estigmas raciales vinculados a la población migrante (Grimson, 1999) merecen mayores indagaciones.

Además de los niños y las movilidades vinculadas a la educación y la salud, el otro nodo de desplazamientos diarios tiene que ver con el abastecimiento: mercados, farmacias, bancos. Esto en general se resuelve en alguno de los centros urbanos más cercanos: el de Olmos (localidad vecina) o el de Abasto, dependiendo de las cercanías y necesidades.

Los circuitos de esparcimiento cotidianos son en su mayoría entre distintas quintas o espacios en el mismo periurbano, en la misma localidad o en localidades cercanas. Ir a visitar a la familia, que muchas veces está en alguna quinta próxima o ir a jugar al fútbol a una canchita de la zona son actividades frecuentes durante el fin de semana. El fútbol tiene un lugar importante en la sociabilidad y el esparcimiento de los productores – tanto en varones como en mujeres, en niños y en adultos -, siendo frecuente la participación en equipos, torneos y competencias. Hay canchas en las mismas quintas y en espacios colectivos (como un centro radial) propios de la comunidad boliviana, y se desarrollan incluso torneos “intercomunales”, donde los equipos se arman según la comuna de procedencia de Bolivia. Estos espacios no son frecuentados por quienes no son de la comunidad, lo que sugiere circuitos de circulación y sociabilidad diferenciados (Saraví, 2013).

En los relatos de los productores La Plata aparece como un espacio diferente y alejado. Identifican Abasto y la vida en las quintas muchas veces con el campo, y las analogías con los lugares de origen en Bolivia son frecuentes. “La Plata” es percibida lejos, como otro espacio al que se puede ir, pero no como lugar donde se vive, aunque sin duda la posición en el espacio es relacional y dinámica. Las idas a la ciudad se vinculan en su mayoría con trámites administrativos (resolver algo en el banco, en la embajada, renovar el dni) y a veces incluyen también esparcimiento en plazas y parques del casco urbano. Albertina cuenta que ir al Parque San Martín o a Plaza Moreno es algo que hace siempre que puede, para divertirse en familia con su esposo y sus hijas. Esta salida tiene una frecuencia mucho menos cotidiana que las circulaciones dentro de Abasto, se da de manera esporádica cada varios meses.

También la participación en organizaciones sociales y políticas crea nuevos circuitos y movilidades, siendo la intervención en actos y movilizaciones otro de los motivos de desplazamiento tanto al centro de la ciudad de La Plata como a la ciudad de Buenos Aires. Irene dice que una de las cosas que más extraña desde que comenzó la

pandemia son las salidas a Buenos Aires: “Era como un paseo para nosotras, cómo nos divertíamos. Porque le decís al marido, tengo que ir, porque hay movilización, y listo, no te puede decir nada. Te vas todo el día, volves a la noche, y qué lindo que era pasear por la capital, comprar cosas”. La compra de productos de vendedores ambulantes como gorros, banderitas, medias o pequeños juguetes para niños nunca faltaba en las movilizaciones entre las compañeras quinteras, lo que sugiere una apropiación de los espacios políticos también como espacios de esparcimiento y ocio y particularidades de género que merecen mayores indagaciones.

Desde los *barrios* populares

Decíamos que la centralidad productiva que caracteriza al periurbano platense y a la localidad de Abasto en específico está siendo disputada, en las últimas décadas, por otros usos, especialmente el residencial. Las ocupaciones de tierras y la conformación de asentamientos populares es una de las modalidades de acceso al suelo y a la vivienda de los sectores populares en nuestro país, y configura en este momento una de las tendencias del crecimiento urbano en esta zona del partido.

Según el Registro Provincial de Villas y Asentamientos existen hoy en La Plata 166 asentamientos populares, siendo la ciudad con el mayor registro de barrios de este tipo en la provincia. Los mismos expresan una situación de precariedad y de imposibilidad de acceder a una vivienda a través del mercado formal de grandes sectores de población. El crecimiento demográfico de las familias y las situaciones de hacinamiento, hace que muchos encuentren en la ocupación de tierras una salida posible ante la falta de un lugar donde vivir (Cravino, 2006; Pérez, 2014).

Según muestran Di Croce Garay y Paggi (2018) sólo en el año 2015 se produjeron 15 tomas de tierras en La Plata, de las cuales 9 fueron sobre tierras productivas. Una de estas ocupaciones tuvo lugar en un predio de 56 hectáreas en la localidad de Abasto, donde más de mil familias tomaron tierras que hasta entonces eran de uso productivo (Musante, 2018). Si bien una de las inmobiliarias que lideran el sector en la zona las usufructuaba, eran tierras en una condición legal indefinida, pertenecientes a una empresa en quiebra. Esta situación, sumada a un proceso organizativo de gran envergadura, hizo que la intervención del Estado, luego de un intento de desalojo, culminara en la expropiación y la entrega de las tierras a las más de mil familias que las ocuparon (Musante, 2019). Lo que hasta hace pocos años (2015) era “campo” productivo, hoy es un barrio con casas de material y de madera, con calles abiertas e inicios de una obra eléctrica aún no finalizada. También cuenta con equipamientos públicos como plazas con bancos y juegos, una cancha de fútbol y un “skate park”,

producto de la intervención estatal, aunque el agua y la luz no estén todavía garantizadas para todos. Muchas de las familias que ocuparon se dedican a la producción hortícola, y la no ocupación de muchos lotes se explica por la imposibilidad de trasladarse a vivir a un lugar donde no tienen donde producir. De hecho, una de las disputas internas cuando se dio la ocupación tuvo que ver con el debate entre construir un espacio netamente residencial o dar lugar a un espacio que también combinara producción, pero finalmente esta última opción fue descartada.

Otra gran parte de habitantes de este barrio no tiene una actividad laboral vinculada a la producción hortícola, siendo trabajadores de la construcción, de servicios domésticos o de la economía popular. Este es el caso de Juan, de 23 años. Hijo de una trabajadora doméstica y de un empleado de mantenimiento, con su nuevo terreno Juan se construyó un lugar propio para independizarse. Vivió toda su vida en Abasto, y la casa donde creció está a unas cuadras del asentamiento. Su madre fue quien participó activamente de la ocupación de tierras desde el comienzo, para poder garantizar un lugar para sus hijos. Su hermana, Verónica, también tiene un terreno en el asentamiento, donde vive con su pareja y sus dos hijas, y a la que se mudó luego de convivir largo tiempo con sus suegros, en la casa familiar de su marido.

De esta manera, la ocupación de tierras lindantes aparece como una estrategia posible para el acceso a la casa propia y a la autonomía de los jóvenes. Juan es *chef* y trabaja en un comedor comunitario de Abasto, y cuando puede hace changas de mantenimiento con el padre. A diferencia del sector de productoras, su espacio residencial no está directamente condicionado por su actividad laboral, aunque la localización en el mismo barrio donde creció le permite mantener sus redes familiares y estar cerca de los lugares de trabajo.

Su vida cotidiana transcurre mayormente en *el barrio*, entre su casa, la de sus padres y el comedor donde trabaja. El abastecimiento cotidiano lo resuelve en los comercios cercanos, desplazándose generalmente a pie o en bicicleta. A veces ayuda a su madre y va a buscar a sus hermanos a la escuela, también caminando. Lo mismo que Verónica, su hermana, con quién comparten el cuidado de hijos y hermanas. Si bien hay marcas físicas (fin del asfalto, por ejemplo) que dan cuenta de los límites entre el asentamiento y el barrio lindante (donde viven los padres), los usos y movimientos cotidianos y maneras de nombrar al barrio de esta familia dan cuenta de cierta integración fluida entre ambos lugares. Comparten traslados, cuidados de los niños, e incluso tareas de abastecimiento. El hecho de “estar en el barrio” crea una dinámica

compartida cotidiana. No es el caso de los productores quinteros, en donde cada familia vive en su quinta, a distancia de otras¹³.

Lo mismo sucede con Mariana, quién se hizo su casa en el asentamiento donde vive con su marido y sus dos hijos. Son migrantes de Paraguay, y llegaron a la Argentina hace 15 años. La casa de Mariana combina madera y ladrillos, en una estructura que va consolidándose a medida que pueden ahorrar algún dinero. También la autoconstrucción es en este caso el modo de levantar la vivienda. Ella trabaja cuidando ancianos mayores, y él “hace de todo”, mayormente *changas* en la construcción. Sus hijos van a la misma escuela que los hijos de Ramona, pero sus vidas sólo se cruzan en este aspecto. Al igual que Juan, su vida cotidiana está muy marcada por la pertenencia al barrio: tomar tereré con las vecinas, reunirse en el comedor donde realiza tareas socio-comunitarias, que les niños salgan a jugar a la plaza. La vida compartida con otros, vecinos, familiares, es parte del habitar cotidiano. Así como la familia de Juan utiliza las redes familiares y las cercanías espaciales como apoyo en las estrategias de cuidado y reproducción, pasa lo mismo con Mariana, quien comparte compras, cuidados y tareas con amigas y compañeras del barrio.

Juan destaca la tranquilidad del barrio donde vive y la poca circulación de autos y motocicletas vinculada a la inexistencia de asfalto. Se construyó, con ayuda de su padre, una casa de madera de dos pisos, que espera en algún momento poder hacerla de ladrillos. En este caso, el tipo de construcción de las viviendas no está determinado por el contrato de alquiler, sino por el nivel de ingresos y la posibilidad de inversión en la misma¹⁴. En su caso, el lote está ubicado a poca distancia de la Avenida 520, por lo que pudo realizar una conexión casera para tener electricidad y con ayuda de presupuesto familiar instaló una bomba para tener acceso al agua.

No es el caso de Carola, que vive “en el fondo” de la toma, lejos de las Avenidas y de las fuentes principales de corriente eléctrica, quién demoró bastante en mudarse al terreno una vez pre-adjudicado por la falta de servicios: sin agua, sin luz y lejos, con pocos vecinos, no era un espacio propicio. De todos modos, ahogados por la suba del precio del alquiler de la quinta, Carola y su familia finalmente se mudaron hace tres años. Son productores hortícolas, migrantes de Bolivia, pero decidieron dejar la quinta donde alquilaban y empezar a construir su casa propia. Por ahora con madera, hasta

¹³ Si bien existen quintas donde residen varias familias, las prácticas y relaciones no se asemejan a las del *barrio*.

¹⁴ Es de destacar que el avance en la situación de regularización de este asentamiento en particular no es compartida por otros barrios de la localidad surgidos de ocupaciones, lo que le imprime un carácter específico.

poder comprar (otros) materiales. Carola y su pareja pasaron a trabajar por día en quintas cercanas y ella también cocina panes y empanadas para vender. La mayor de sus hijas trabaja en un comercio de ropa en el centro de Abasto, y contribuye a la economía familiar.

Entre quienes no se dedican a la producción, el trabajo constituye el principal motivo de circulación, dada la necesidad de desplazamientos para llegar a los lugares laborales. Mariana utiliza el colectivo para ir a cuidar a una señora a otro barrio de la ciudad, y su marido se mueve o en colectivo o en auto particular, de algún compañero de obra que lo lleva y lo trae. Luego también aparecen circuitos y movibilidades similares a la de quienes habitan las quintas: vinculada a la educación de los hijos, a la salud, al abastecimiento.

La morfología urbana implica un importante punto de contraste. En las quintas las hectáreas productivas separan una casa de otra en grandes distancias. El paisaje es dominado por extensiones verdes y blancas (invernaderos) y casillas de maderas que aparecen de manera salteada y tras grandes extensiones cultivadas. En los *barrios*, una casa al lado de la otra habilitan medianeras compartidas y vecines que forman parte de las mismas manzanas. La vida cotidiana se ancla en relaciones de vecindad y parentesco, y son parte de las estrategias de cuidado y reproducción familiares. Si en el barrio es común dejar a los niños con una hermana o una vecina, en las quintas los niños en general se quedan solos, a cargo del o la mayor, mientras los padres trabajan.

En cambio, el acceso a servicios e infraestructura es similar en *quintas* y *barrios*: las calles no están asfaltadas y se inundan con frecuencia, el transporte público pasa poco y por las avenidas principales. No hay conexión de gas natural en la zona, por lo que el abastecimiento es con garrafa. Y el alumbrado público prácticamente no existe. Las conexiones eléctricas son en general irregulares, aunque en las quintas dado la necesidad de energía para las bombas de riego existen conexiones formales, y desde ahí se extienden de manera irregular a las casas. En cambio, en el barrio predominan las conexiones caseras y sin medidor, lo que implica importantes riesgos. El incendio de casillas de madera en épocas de mucho calor es tristemente frecuente. Como sostienen diversos autores (Pradilla Cobos 1984; Maricato, 2008) las periferias de la periferia del capitalismo están desprovistas de muchos de los equipamientos e infraestructuras básicos, marcadas por la ausencia de políticas estatales.

Otra es la situación de la expansión residencial vía el mercado formal, que contempla al menos dos modalidades: una vinculada a barrios residenciales cerrados o clubes de

campo, y otra a nuevos loteos de barrios formales abiertos, destinados en general a una clase media que no accede a la compra en mejores localizaciones y se ve atraída por la *tranquilidad* y la distancia del centro de la ciudad. Si bien existen matices y diferencias entre estas modalidades, tienen en común el acceso vía el mercado formal a una vivienda propia – que puede ser primera o segunda residencia, permanente o de fin de semana – donde la elección del periurbano se hace en pos de un “estilo de vida” particular (Pintos, 1993). La falta de infraestructura y servicios es compensada con el transporte con vehículo propio que permite un rápido acceso al centro de la ciudad, tanto por motivos educativos, de salud, esparcimiento, ocio o trabajo.

No llegamos en este trabajo a extender el análisis sobre estos otros tipos residenciales en el periurbano, pero se presentan sólo a modo ilustrativo para colocar algunos contrastes en los que se torna necesario indagar.

4. A modo de cierre: algunos emergentes iniciales

El avance de las dinámicas urbanas sobre los límites externos de las ciudades y su advenimiento sobre áreas de producción rural, de forma fragmentada y dispersa es una de las formas de crecimiento de las ciudades latinoamericanas en la actualidad. Adentrarnos en la conformación de un espacio periurbano, cuya relevancia en términos productivos es de considerable importancia para el abastecimiento alimenticio de la Región Metropolitana de Buenos Aires, busca aportar a la problematización y al conocimiento de estos procesos.

El carácter conflictivo y el dinamismo propio de los espacios periurbanos aparecen en la localidad de Abasto como elementos constitutivos, al materializarse las disputas entre distintos grupos y sujetos por los usos del suelo. Esto la hace escenario típico de la interfase urbano-rural, donde uno de los conflictos centrales se dirime entre quienes producen el abastecimiento alimentario a la ciudad, y les agentes que motorizan nuevos espacios residenciales (Barsky y Vio, 2007).

La propuesta de problematizar el habitar periurbano busca sumar a los debates sobre el crecimiento y la expansión de las ciudades una mirada que ponga el eje en los actores sociales, sus prácticas, experiencias e interacciones, entendiendo que las mismas pueden dar pistas interesantes para pensar cómo los sujetos construyen y son condicionados por el espacio en el que viven. En este caso, nos adentramos en las formas de acceso a la tierra, la vida cotidiana, las viviendas y los desplazamientos.

Poner el foco en un espacio de borde, incorpora a las dinámicas urbanas a un sector que en general es pensado por fuera de las ciudades: el de los productores hortícolas,

que se incorporan como parte de las dinámicas periurbanas, en su relación, uso y construcción de ese espacio de interface.

A su vez, nos adentramos en una de las modalidades residenciales en expansión: la protagonizada por sectores populares que acceden al suelo y a la vivienda mediante ocupaciones y tomas de tierra. En este caso, se trata de una ocupación “exitosa” en tanto se desarrolla un proceso de organización colectiva e intervención estatal que otorga finalmente los terrenos a quienes ocuparon (Musante, 2018). Desde allí, lo que hasta entonces eran hectáreas productivas, se convirtió en pocos años en un barrio popular, con sus calles, lotes y manzanas, casas construidas y en construcción, y nuevos habitantes.

Del trabajo de campo en curso se desprenden algunas reflexiones iniciales, que marcan caminos para abrir y profundizar indagaciones. Por un lado, se configuran en el periurbano dos espacios diferenciados: “las quintas” y “los barrios”. Mientras que en las *quintas* habitan los productores, migrantes bolivianos que se dedican al trabajo de la tierra, en los *barrios* existen una heterogeneidad de actividades laborales y procedencias nacionales. Si Abasto viene de ser históricamente una localidad de *quintas*, las transformaciones recientes dan cuenta de la proliferación de cada vez más *barrios*, desplazando incluso hacia más *afuera* de la ciudad a los productores.

Entre los elementos en común, las *quintas* y los *barrios* comparten su acceso limitado los bienes de uso colectivo (Jaramillo, 2010), con una red de equipamientos fragmentadas e insuficientes. Los desplazamientos y formas de movilidad cotidianos también son compartidos, signados por las contadas instituciones públicas de la zona: escuelas, hospitales y centros de salud. La circulación a través del *remis* aparece en los intersticios vacíos que deja el transporte y la política pública, como modo vehicular y privatizado de trasladarse, con altos costos por viaje para quienes no tienen otra alternativa.

La actividad laboral marca en el plano de las circulaciones y movilidades cotidianas un elemento de diferencia, distinguiendo entre quienes tienen que desplazarse para trabajar y quienes viven en las quintas donde producen. Si bien no ahondamos en la situación de la pandemia, esto fue un elemento central de diferenciación entre aquellos que pudieron seguir trabajando en el contexto de aislamiento (productores) y los que se encontraron en situaciones críticas producto de la imposibilidad de salir a trabajar.

Profundizar las indagaciones sobre los desplazamientos, circuitos y movilidades, así como sobre los espacios de interacción y encuentro entre quienes viven en las quintas

y los barrios, puede permitir abrir elementos para pensar cómo se despliegan las dinámicas de diferenciación y desigualdad en esta localidad en particular: ¿Estamos ante un espacio fragmentado, donde las quintas y los barrios representan espacios separados, cerrados y homogéneos internamente? ¿O en realidad habría que pensar en prácticas de diferenciación y distinción en espacios que son constantemente atravesados en sus fronteras por múltiples y diversos actores?

Por otro lado, se configura el acceso y el uso de la tierra como delimitador clave en los modos de habitar el periurbano. El arrendamiento para producir condiciona el espacio de residencia y de vida para los productores hortícolas, mientras que la ocupación de tierras es el modo de acceso a un lugar de residencia para sectores de bajos ingresos vinculados a la economía popular, con mayores o menores niveles de estabilidad según el grado de regularización de los mismos. Lejos de configurarse en dos grupos estancos y homogéneos, también hay productores que ocupan tierras, relegando el alquiler de tierra productiva y buscando otras relaciones sociales de producción y trabajo. Las formas de tenencia y acceso a la tierra son un elemento clave en la configuración de desigualdades urbanas, que es necesario abordar en profundidad, junto con una reflexión sobre el rol de otros agentes constructores de ciudad, como inmobiliarias, desarrolladores y propietarios y el fundamental rol del Estado, con sus normativas urbanas y políticas municipales, determinantes en las formas de habitar la ciudad, y su espacio periurbano.

Por último, si bien no fue objeto de esta reflexión, aparece de manera solapada en algunos pasajes la participación en organizaciones sociales y políticas, elemento que marca modos particulares de habitar, circular y construir el espacio periurbano, y que merece mayores indagaciones.

Bibliografía

- Abadía, M., Burone, E., & Cittadino, K. (2019). Reflexiones acerca de la salud y el trabajo en productores hortícolas del periurbano platense: Representaciones y prácticas de los propios sujetos. *XI Jornadas de Investigación, Docencia, Extensión y Ejercicio Profesional: "Disputas por el Estado, la democracia y las políticas públicas. Concentración de la riqueza y poder popular"* (La Plata, septiembre de 2019).
- Attademo, S., & Salva, M. C. (2000). Horticultura y condiciones de vida en un área subrural. *X Congreso Mundial de Sociología Rural*.

- Barsky, A. (2005). El periurbano productivo, un espacio en constante transformación. Introducción al estado del debate, con referencias al caso de Buenos Aires. *Scripta Nova*, 9(194), 36.
- Barsky, A., & Vio, M. (2007). La problemática del ordenamiento territorial en cinturones verdes periurbanos sometidos a procesos de valorización inmobiliaria. El caso del Partido del Pilar, Región Metropolitana de Buenos Aires. *IX Coloquio internacional de geocrítica*, 28.
- Bayón, M. C., & Saraví, G. A. (2013). The cultural dimensions of urban fragmentation: Segregation, sociability, and inequality in Mexico City. *Latin American Perspectives*, 40(2), 35–52.
- Benencia, R. (1997). De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense. *Estudios migratorios latinoamericanos*, 12(35), 63–102.
- Benencia, R. (2009). Inserción de bolivianos en el mercado de trabajo de la Argentina. *Ponencia presentada en XXVIII International Congress of the Latin American Studies Association, Río de Janeiro*.
- Benencia, R., & Quaranta, G. (2009). Mercados de trabajo en la horticultura del cinturón verde de la Ciudad de Buenos Aires. R. Benencia, G. Quaranta, J. Souza Casadinho (Comp.) *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos*, 85–110.
- Borsdorf, A. (2003). Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana. *Eure (Santiago)*, 29(86), 37–49.
- Bozzano, H. (2000). Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles. *II Jornadas de Geografía de la UNLP 13 al 15 de septiembre de 2000 La Plata, Argentina. Resignificando una geografía para todos*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la ...
- Chaves, M., & Segura, R. (Eds.). (2021). *Experiencias metropolitanas: Clase, movilidad y modos de habitar en el sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo.
- Ciccolella, P. (2012). Revisitando la metrópolis latinoamericana más allá de la globalización. *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, (8), 9–21.
- Cieza, R. I., Ferraris, G., Seibane, C., Larrañaga, G., & Mendicino, L. (2015). Aportes a la caracterización de la agricultura familiar en el Partido de La Plata. *Revista de la Facultad de Agronomía, La Plata*, 114(3), 129–142.
- Cravino, M. C. (2006). *Las villas de la ciudad: Mercado e informalidad urbana*. Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Dalle, P. (2010). Estratificación social y movilidad en Argentina (1870-2010). Huellas de su conformación socio-histórica y significados de los cambios recientes. *Revista de Trabajo, Numero 8*(Año 6), 24.
- De Mattos, C. A. (2010). Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina: De la ciudad a lo urbano generalizado. *Revista de Geografía Norte Grande*, (47), 81–104.
- Dematteis, G. (1998). Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas. *La ciudad dispersa*, 17–33.
- Di Croce Garay, A., & Paggi, M. G. (2018). Tomas de tierras en el periurbano platense. *Estudios del Hábitat*, 16.
- Duhau, E. (2003). División social del espacio metropolitano y movilidad residencial. *Papeles de población*, 9(36), 161–210.
- Duhau, E., & Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: Habitar la metrópoli*. Siglo xxi.
- Elguezabal, E. (2018). *Fronteras urbanas. Los mundos sociales de las torres de Buenos Aires*. Café de las Ciudades.
- Encuesta de Movilidad Domiciliaria—AMBA*. (2009, 2010). Ministerio de Transporte.
- Feito, M. C. (2018). *Problemas y desafíos del periurbano de Buenos Aires*.
- Ferraris, G., & Ferrero, G. E. (2018). Análisis de la estructura agraria en los sistemas hortícolas del AMBASUR (Área Metropolitana de Buenos Aires-Sur). *Revista de la Facultad de Agronomía*, 117(2), 231–244.
- Fingermann, L. (2018). *La agricultura familiar en el Área Hortícola de La Plata, Berazategui y Florencio Varela: Diversas formas de dependencia y el camino de construcción de su autonomía*. Ediciones INTA.
- Frediani, J. (2010). *Lógicas y tendencias de la expansión residencial en áreas periurbanas. El Partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina, entre 1990 y 2010* (Tesis doctoral). Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Garat, J. (2002). Revalorización de la horticultura local: Tomate platense en La Plata. *Argentina [En línea]*.
- García, M. (2011). *El Cinturón Hortícola Platense: Ahogándonos en un mar de plásticos. Un ensayo acerca de la tecnología, el ambiente y la política*. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/15773>
- García, M., & Le Gall, J. (2009). Reestructuraciones en la Horticultura del AMBA: tiempos de boliviano. *IV CONGRESO ARGENTINO Y LATINOAMERICANO DE ANTROPOLOGÍA RURAL*.
- García, M., & Lemmi, S. (2011). Territorios pensados, territorios migrados: Una historia de la formación del territorio hortícola platense. *Párrafos Geográficos*, 10(1), 245–274.

- Germani, G. (1963). La movilidad social en la Argentina. *Gino Germani*, 261.
- Grimson, A. (1999). *Relatos de la diferencia y la igualdad: Los bolivianos en Buenos Aires*. Eudeba Buenos Aires.
- Janoschka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: Fragmentación y privatización. *Eure (Santiago)*, 28(85), 11–20.
- Jaramillo, S. (2010). *Hacia una teoría de la renta del suelo urbano* (Ediciones Uniandes). 1994.
- Maricato, E. (2008). O automóvel e a cidade. *Revista Ciência & Ambiente*, 2, 5–12.
- Monclús, F. J. (1998). Suburbanización y nuevas periferias. Perspectivas geográfico-urbanísticas. *La ciudad dispersa*, 5–15.
- Musante, F. (2018). *De la toma al barrio: Imaginarios habitacionales, formas de organización y nuevos sentidos sobre el acceso a la propiedad de la tierra* (Tesis de grado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
- Musante, F. (2019). ¿Cómo es posible que una toma de tierras se convierta en un barrio popular planificado? Condiciones y actores intervinientes en un caso de la periferia de la Ciudad de La Plata. *Ciudadánías. Revista de Políticas Sociales Urbanas*, (4).
- Pintos, P. (1993). *Aproximaciones teóricas acerca de los procesos de periurbanización y suburbanización*. Presentado en I Jornadas de Geografía de la UNLP 12 al 15 de octubre de 1993 La Plata, Argentina. Primeras Jornadas Platenses de Geografía, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Geografía.
- Pírez, P. (2014). La mercantilización de la urbanización. A propósito de los "conjuntos urbanos" en México. *Estudios demográficos y urbanos*, 29(3), 481–512.
- Pradilla Cobos, E. (1984). *Contribución a la crítica de la "teoría urbana"*. Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México.
- Ringuelet, R. (2008). La complejidad de un campo social periurbano centrado en la zonas rurales de La Plata. *Mundo agrario*, 9(17).
- Rolnik, R. (2017). *Guerra dos lugares: A colonização da terra e da moradia na era das finanças*. Boitempo Editorial.
- Saraví, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas: Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. FLACSO Mexico.
- Schapiro, M. F. P. (2001). Fragmentación espacial y social: Conceptos y realidades. *Perfiles latinoamericanos: revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede México*, 9(19), 33–56.

- Segura, R. (2012). Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: Desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (2), 106–132.
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. San Martín: UNSAM Edita.
- Simonatto, S. (2000). Cambio tecnológico en el Sector Hortícola de La Plata. Período 1985-1995. En R. Ringuelet, *Espacio tecnológico, población y reproducción social en el sector hortícola de La Plata* (pp. 23–30). La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Staviski, A. (2010). *Situación de la plasticultura en Argentina*. Informe Frutihortícola.
- Valenzuela Rubio, M. (1986). Los espacios periurbanos. *Actas, discursos, ponencias y mesas redondas: IX Coloquio de Geógrafos Españoles*. Murcia, 16-21 de diciembre de 1985, 81–140. Sección de Geografía de la Facultad de Letras.
- Venturini, J. P., Rodríguez, D., & González Roura, V. (2019). El periurbano en la Región Metropolitana de Buenos aires. Hacia una delimitación conceptual y espacial. *4to Congreso Latinoamericano de Estudios Urbanos Transformaciones metropolitanas en América Latina. La investigación frente a nuevos escenarios*. Presentado en Universidad Nacional de General San Martín. Universidad Nacional de General San Martín.